
Un año antes: Napoleón en España, 1808

Patrice Gueniffey*

Desde hace dos siglos, los historiadores no acaban de preguntarse las razones por las cuales Napoleón decidió intervenir en España, a riesgo de abrir en Europa un nuevo frente cuando la paz era frágil, y para reemplazar a su aliado el rey de España por uno de sus hermanos. Ningún otro episodio de la historia del Imperio ha suscitado más interrogantes que éste, a no ser, quizás, la campaña de Rusia de 1812. Y con razón, ya que en ambos casos el Emperador resultó vencido. Hay que notar que los historiadores se habrían hecho menos preguntas si finalmente hubiese ganado. Lo que confiere a estos episodios su carácter enigmático es, al menos en parte, la derrota. Como Napoleón sólo fue vencido en muy raras ocasiones –la noticia de la capitulación de un ejército francés en Bailén, España, el 22 de julio de 1808, retumbó como un trueno precisamente porque la opinión pública había olvidado que los franceses no eran invencibles– la conclusión a la que se llegó fue que tanto en España como en Rusia Napoleón no podía ser vencedor y que, al no poder serlo, había cometido algo irreparable al decidir intervenir en esos dos países. Por supuesto, ninguna guerra se pierde definitivamente antes incluso de haberla empezado, y durante algunos meses se creyó que la de España, por ser delicada, no tendría un final diferente al de las numerosas campañas que desde hacía 15 años habían enfrentado a los ejércitos franceses con los soldados de la mayor parte de los países europeos. Si bien, en 1808, una parte de España se subleva contra la

* Traducción del francés de Arturo Vázquez Barrón.

noticia de la doble abdicación del rey y de su hijo, y si la derrota de Bailén, entre Andalucía y La Mancha, por una parte obliga al rey a abandonar la capital de manera precipitada, y por la otra provoca el desembarco de un cuerpo de expedicionarios ingleses, Napoleón restablece la situación durante el invierno de 1808-1809. Al temer que la paz con Austria (firmada en 1805) pronto quede rota, estima no obstante que dispone del tiempo necesario para ir él mismo a reabrirle a José el camino hacia Madrid. Va corriendo a España, se abre camino a través de la Sierra de Guadarrama, “libera” la capital y le pisa los talones a los ingleses, quienes el 6 de enero de 1809, tienen que reembarcarse precipitadamente en La Coruña. Lannes y Suchet “pacifican” Aragón y Cataluña. Una vez que cae Zaragoza (en febrero de 1809), y excepto Gerona, que resistirá hasta diciembre, todo el Norte de la península queda de ahí en adelante bajo el control de los franceses. En 1810, los ejércitos imperiales, luego de haber invadido la mayor parte de Andalucía, están a las puertas de Cádiz, a un paso de ocupar la totalidad del territorio. En ese momento, del lado francés, dos años después del inicio de la guerra, se llegó a creer que la victoria estaba al alcance de la mano. Pero estos éxitos también fueron los últimos. Cádiz no capituló y posteriormente la situación no dejó de degradarse hasta que se emprendió la retirada de España a finales de 1813. ¿Podía haberse evitado el desastre? ¿Habría podido sortearse si Napoleón se hubiese quedado más tiempo en Madrid, en vez de regresar precipitadamente a París en enero de 1809 para enfrentar las amenazas cada vez más precisas de una nueva guerra con Austria? ¿Habría podido esquivarse si José hubiese tenido más autoridad, en particular sobre los mariscales –Soul, Ney, Suchet o Victor– que reñían y, celosos de ver que su colega Murat se había convertido en rey de Nápoles, soñaban con hacer pedazos a España y Portugal para obtener ahí sus propios reinos? Los historiadores lo dudan. Los contemporáneos mismos tenían el sentimiento de que Napoleón no saldría del avispero español en el que cada victoria era como un espadazo en el agua, con el fuego apenas apagado por aquí y surgiendo de nuevo por allá, con las ciudades bajo control pero con el campo fuera de la autoridad tanto del gobierno del rey José como de la de los jefes militares. El ejército francés en España libraba una guerra cuyas dificultades ya había podido medir 15 años antes, en Vanda: un tipo de guerra en la que el frente no está en ninguna parte y en todas al mismo

tiempo, en la que el enemigo, invisible, sin uniforme, surge de ninguna parte para atacar y luego desaparece, en la que las represalias ejercidas de manera indistinta contra prisioneros y rehenes refuerzan la determinación y la crueldad de los sublevados, en la que hay pocas verdaderas batallas pero incontables escaramuzas... Siempre victorioso contra los ejércitos de voluntarios españoles que de manera periódica se le oponen en combates clásicos, el ejército francés no puede, en definitiva, aplastar las guerrillas que le disputan el territorio. Fue muy pronto, desde 1808, cuando los franceses mejor informados consideraron que el gobierno imperial se había metido en una aventura quizás sin salida, o en todo caso muy arriesgada. El medio de los negocios, en particular, que conocía bien España y del que Francia era el principal socio económico, no creía al emperador cuando afirmaba que España sería conquistada en menos de tres semanas y dio la alarma al manifestar su preocupación por una baja en su actividad, que no tardó mucho en acarrear la caída de las cotizaciones de la Bolsa.¹ Napoleón, quien consideraba que este era el indicador más seguro de la confianza en su gobierno, decidió reaccionar, no preguntándose sobre la pertinencia de su política española y sobre las causas de la repentina desconfianza de los hombres de negocios, sino fijando las cotizaciones de manera arbitraria. El 13 de septiembre de 1808 –Dupont había capitulado en Bailén, José había dejado Madrid unos días después de haber llegado, Aragón y Cataluña resistían, ya había empezado la desbandada de las elites españolas que, luego de la doble abdicación de Carlos IV y de Fernando VII, habían prestado juramento de fidelidad a los franceses–, el ministro de finanzas escribió al gobernador del Banco de Francia un extenso informe para notificarle que había llegado el momento de someter la actividad de la Bolsa a los intereses políticos de Francia: “El Emperador, [...] preocupado desde hace mucho por el inconveniente de dejar que la plaza de París quede en manos de viles especuladores [...], quiere poner término, por fin, a esta especie de escándalo público. Ya no desea que el crédito de Francia ante los extranjeros [...]

¹ Sobre los estrechos vínculos económicos entre Francia y España, ver Michel Zylberberg, *Une si douce domination: les milieux d'affaires français et l'Espagne vers 1780-1808*, París, Comité pour l'histoire économique et financière de la France, 1993.

dependa de las fantasías azarosas de algunos hombres desconsiderados, cuyas combinaciones crean, debido a sus resultados diversos, un termómetro necesariamente inexacto, pero que no por ello deja de volverse el regulador de la opinión cuando a ésta no pueden dársele aclaraciones profundas sobre el estado real de nuestras finanzas. Ciertamente, éste nunca antes ha sido más próspero, y sin embargo ustedes han visto desde hace dos meses que las cotizaciones de los fondos públicos se han degradado de manera sucesiva, como si Francia hubiese perdido algo de la influencia que ejerce en toda Europa”. En consecuencia, Napoleón ordenaba al Banco de Francia comprar tantas de sus propias acciones y de títulos de renta al cinco por ciento como fuera necesario para que las cotizaciones de la Bolsa siguieran dando prueba de la inquebrantable confianza de la opinión pública en el gobierno imperial. Incluso se firmó un tratado entre el Banco y el ministro dos días después, y hasta 1813 las cotizaciones de la Bolsa se mantuvieron en el nivel más alto, por lo que la ausencia de toda variación notable debió parecer necesariamente muy sospechosa.² ¿Mareos de la potencia? ¿Convicción de romper pronto con España? ¿Ignorancia? ¿Malos consejos? Hay un poco de todo esto en la reacción de Napoleón. Lo que es seguro es que no tenía una idea muy positiva de España ni de los españoles y que los éxitos fáciles que logró sobre el terreno unas semanas después, aplastando duramente al general La Romana, echando a los ingleses al mar y recuperando Madrid, lo único que hicieron fue confirmarle su sentir. Por eso, convencido de que todo había terminado, o casi, regresa a París el 23 de enero de 1809 y escribe a José, quien no deja de lloriquear por el regalo envenenado que le había dado su hermano,³ y convencido de que en lo sucesivo, para acabar con

² Estos documentos inéditos se conservan en los archivos del Banco de Francia. Emmanuel Pruniaux tuvo la amabilidad de facilitármelos.

³ José, quien había tenido que dejar a Murat el trono de Nápoles para tomar el de Madrid, acababa de ponerse la nueva corona cuando escribió a Napoleón esta increíble carta: “Esto es lo que deseo: conservar el mando del ejército el tiempo suficiente para combatir al enemigo, entrar a Madrid con el ejército, ya que él salió conmigo, y desde esta capital, dictar un decreto en el que se diga que renuncio a reinar sobre un pueblo al que tuve que reducir por la fuerza de las armas, y que dado que sigo teniendo la opción entre semejante pueblo y el de Nápoles, que sabe apreciar mi gobierno y hacer justicia a mi carácter, doy la preferencia a los pueblos que me conocen, y regreso a Nápoles haciendo votos por la felicidad de los españoles, y voy a trabajar por la de las Dos Sicilias, entregando a Su Majestad los derechos que tengo sobre ella.” (Napoleón y Joseph Bonaparte, *Correspondance générale*, 1784-1818, V. Haegele, París, Tallandier, 2007, pp. 556-557).

la resistencia española, bastaría con colgar regularmente a algunos “malos sujetos”.⁴ En realidad, nada había terminado, todo estaba comenzando.

Desconocimiento y desprecio, son éstas las dos palabras más apropiadas para describir la manera en que los franceses de esa época veían a España. Hasta mediados del siglo XVII, observa Léon-François Hofmann en *Romantique Espagne*, “la imagen que se tenía en Francia de España evocaba respeto y hasta admiración. Después, al ya no encontrar nada que respetar en sus vecinos, los franceses pasaron de la admiración al desdén. El capitán al que tanto se había admirado se vuelve, en la imaginación popular, un risible perdonavidas; el antiguo pícaro, un lamentable muerto de hambre. [...] El *Barbero de Sevilla* de Beaumarchais es, en cierta medida, la síntesis de la España tal como la imaginábamos en el siglo XVIII: país lánguido en el que suenan las guitarras; país fabuloso en el que los caballeros montan guardia bajo la ventana de su amante; pero también país en donde el pícaro requiere de toda su astucia para lograr sus fines en una sociedad corrupta y retrógrada.”⁵ ¿España según el Siglo de las Luces francés? Un país refractario a las enseñanzas de la filosofía y a las ciencias, enemigo del progreso y de la libertad. Pero al lado de esta España estancada en la superstición, la ignorancia y la crueldad, existe otra España para los franceses, la de las novelas de Florian y de Le Sage, quien atestigua el esplendor desaparecido del Siglo de Oro. Es la España de las “aguas limpias del Guadalquivir” y de los “verdes prados de Andalucía”, del “honor sagrado” y del “ardiente amor”, la España pintoresca de los hidalgos orgullosos y caballerescos.⁶

⁴ Esto lo escribe, por ejemplo, el 12 de enero de 1809: “Hay que colgar a unos veinte malos sujetos. Mañana mando colgar aquí a siete, conocidos por haber cometido todos los excesos y cuya presencia afligía a toda la gente buena, que los denunció en secreto y que recupera el valor en cuanto se deshace de ellos. Hay que hacer lo mismo en Madrid. Si no nos deshacemos de unos cien revoltosos y bandoleros, no habremos hecho nada. De estos cien, fusile o cuelgue a unos doce o quince, y envíe al resto a Francia, a las galeras. Sólo tuve tranquilidad en Francia cuando mandé arrestar a doscientos revoltosos, asesinos de septiembre y bandidos que envié a las colonias [ciento treinta jacobinos a los que acusaba sin razón de haber fomentado el atentado de la calle Saint-Nicaise el 24 de diciembre de 1800]. Desde entonces, el espíritu de la capital cambió como por un silbatazo”. (*Ibid.*, pp. 633-634).

⁵ Léon-François Hoffmann, *Romantique Espagne. L'image de l'Espagne en France entre 1800 et 1850*, Princeton University Press/Presses universitaires de France, 1961, pp. 9-14.

⁶ Estas expresiones provienen de la novela de Florian, *Gonzalve de Cordoue ou Grenade reconquise* (1792), 1836, t. I, pp. 257-259. Traductor de Cervantes, Florian (1755-1794) también había publicado *Mémoires d'un jeune Espagnol*.

La inversión de la imagen de España entre los siglos XVI y XVIII –de la admiración que se profesaba al reino de Carlos V al desprecio que inspira el país de Carlos IV– se une a la curva de la decadencia de España como potencia. Hay razones para que los franceses miraran a sus vecinos españoles con desdén. Éstos, en efecto, habían sacado de sus posesiones americanas inmensos recursos que habrían podido dedicar al desarrollo económico de la península. No fue así. Como este capital obtenido de las colonias no consistía en materias primas que habría sido necesario transformar si se deseaba hacer comercio con ellas posteriormente, sino en oro y plata utilizables de inmediato, pensaban que era inagotable, destinado a reconstituirse de manera indefinida. España hizo una elección al mismo tiempo comprensible y desastrosa: gastó este capital en vez de invertirlo, y con menos escrúpulos de los que había tenido para ganarlo sin esfuerzo, o casi, ya que ninguna conquista costó tan poco como la de América. Oro y plata sirvieron pues para hacer la guerra y para comprar aquello que los españoles no tenían ni la necesidad ni las ganas de producir. Así, España se volvió pobre porque era demasiado rica.⁷ Mientras que seguía cultivando valores y un modo de vida aristocráticos, la nobleza francesa empezaba (ciertamente con timidez) a aburguesarse invirtiendo sus rentas rústicas en el comercio, la industria y la banca. Mientras el resto de Europa tomaba el camino que había de conducirla a la revolución industrial del siglo XIX, España tomaba otra dirección, lo que hará decir a un antiguo embajador francés en Madrid: “Se pensaría que España está más bien en el extremo de Asia en vez de en el de Europa”.⁸ Consideración ampliamente extendida en esa época, y Roederer, al esbozar el retrato de los españoles en 1808, no los juzga menos severamente de lo que los franceses habían juzgado a los egipcios cuando, diez años antes, habían entrado a Alejandría y El Cairo. ¿Los españoles? “Gobernados por monjes y comidos por los piojos, pordioseros, ignorantes,

⁷ David S. Landes, *Richesse et pauvreté des nations. Pourquoi des riches ? Pourquoi des pauvres*, París, Albin Michel, 2000, pp. 225-246.

⁸ Jean-François de Bourgoing, *Tableau de l'Espagne moderne*, París, [1797], París, Tourneisen, 1807, 3 vol., t. I, p. V. “España, escribe Lord Chesterfield, es sin duda el único país de Europa que día tras día regresa irremediamente a la barbarie, en la misma medida en que los demás países se civilizan”. (*Letters to His Son* [1774], citado en Franck Lafage *L'Espagne de la contre-révolution, développement et déclin, XVIII^e-XX^e siècle*, París, L'Harmattan, 1993, p. 23.

santurriones, perezosos, no muy valientes”, según Roederer;⁹ ¿los egipcios? “Imaginen a un ser impasible, escribe uno de los oficiales de la expedición, que toma todos los acontecimientos como vienen, al que nada sorprende, que, con la pipa en la boca, no tiene más ocupación que estar sobre sus nalgas, frente a su puerta, en un banco, o frente a la casa de alguien importante, y así pasa sus días, preocupándose muy poco por su familia, por sus hijos; madres que vagan con la cara cubierta con un andrajo negro y venden a sus hijos a los que pasan; hombres medio desnudos cuyo cuerpo se parece al bronce, con la piel asquerosa, buscando en riachuelos fangosos, y que, parecidos a los cerdos, roen y devoran lo que ahí encuentran”.¹⁰

Dos obras en particular afectaron la imagen de España: el *Essai sur les mœurs* (*Ensayo sobre las costumbres*), de Voltaire, e *Histoire philosophique des Deux Indes*, del abate Raynal. Ambos relacionan la decadencia española con el poder exorbitante de la religión y el clero. No se entiende bien, por lo demás, si, para ellos, la religión desvió a los españoles (con ayuda del oro americano) de los caminos del progreso económico e intelectual, o si el oro americano, al desviar a los españoles del progreso, favoreció en ellos la persistencia de la “superstición” y el clericalismo. De cualquier manera, España les resulta aislada en una Europa orientada hacia el progreso de los conocimientos y la decadencia de las supersticiones. España es la Inquisición, el mundo feudal que se perpetúa, la edad teocrática que sobrevive. ¿La gran culpable? La Inquisición: obstaculiza el progreso porque al inspirar un temor vago pero permanente, crea un clima poco propicio a las iniciativas individuales y a las innovaciones. Como el miedo a los inquisidores paraliza las inteligencias, España permaneció al margen de los descubrimientos y del progreso que cambiaban al mismo tiempo la fisonomía de Europa: “Además hay que atribuir a este tribunal la profunda ignorancia de la sana filosofía en la que las escuelas españolas siguen hundidas, escribe Voltaire. Nunca la naturaleza humana se envileció tanto como cuando la ignorancia supersticiosa se hizo del poder.”¹¹ El objeto del *Ensayo sobre las costumbres* es, por

⁹ Pierre-Louis Roederer, “Des causes de la guerre d’Espagne”, *Œuvres*, París, Firmin Didot frères, 1853-1859, 8 vol., t. III, p. 552.

¹⁰ Carta escrita por el general Boyer a su familia el 27 de agosto de 1798, citada en Louis-Antoine Fauvelet de Bourrienne, *Mémoires*, París, 1831, 10 vol., t. II, pp. 345-349.

¹¹ Voltaire, *Essai sur les mœurs et l’esprit des nations* (t. III), *Œuvres*, Beuchot, 1829, t. XVII, p. 348.

supuesto, probar la incompatibilidad entre religión y progreso. Se trata de un alegato a favor del modelo francés de las Luces –el progreso por erradicación de la tradición y la religión– pero que afirma la imagen no sólo de una España sometida a los monjes sino de una España cruel y medio salvaje: “Fue sólo después de la reconquista de Granada, sigue escribiendo Voltaire, cuando (la Inquisición) desplegó en toda España la fuerza y el rigor que los tribunales ordinarios jamás habían tenido. Es necesario que el genio de los españoles tenga entonces algo de más austero y despiadado que el de las demás naciones. Eso se ve en las crueldades pensadas con las que pronto inundaron luego el Nuevo Mundo. Se ve sobre todo en el exceso de atrocidad que pusieron en el ejercicio de una jurisdicción en la que los italianos, sus inventores, eran mucho más suaves. Los papas habían erigido esos tribunales por política; y los inquisidores españoles le añadieron la barbarie”.¹²

Hay que subrayar aquí una paradoja: si bien Voltaire inventa una excepcionalidad española para demostrar la universalidad del modelo francés (antirreligioso), en realidad es el modelo francés lo que constituía una excepción en Europa, ya que sólo en Francia –y en ninguna otra parte– la lucha contra la religión se consideraba la condición necesaria del progreso. Es debido a que existía una “excepción francesa” que los franceses no podían entender a España, una España que estaba menos alejada del resto de Europa de lo que pretendían en París. Es cierto que el fin del siglo XVIII estuvo marcado en la península por una violenta reacción contra las “nuevas ideas”. Esta reacción había incluso empezado antes entre los adversarios de las reformas emprendidas por Carlos III, en nombre de una “hispanidad” comprometida por la influencia francesa: sus defensores denunciaban la corrupción de la lengua española por los galicismos, el aumento del número de libros traducidos del francés y de manera más general el gusto por la imitación del francés, que según ellos corrompía el alma española y tenía por resultado producir una multitud de enemigos de la religión y de su propio país.¹³

Esta reacción demuestra *a contrario* la existencia de un movimiento reformador. España había tenido sus hombres de las Luces. Actores políticos e intelectuales no habían dejado de debatir sobre el bien común y sobre las

¹² *Ibid.*, pp. 345-346

¹³ Ver Franck Lafage, *L'Espagne de la contre-révolution*, *op. cit.*

mismas nociones –ciudadanía, constitución, libertad– que eran objeto de discusiones apasionadas en toda la Europa ilustrada. Si bien es cierto que la censura vigilaba en España, las nuevas ideas penetraban en ella como en otras partes. Quizás no llegaban más que a una franja estrecha de la sociedad española, ¿pero acaso no era más o menos lo mismo en todas partes? También los partidarios españoles de la Ilustración creían en las reformas, en el progreso, en la regeneración de su país. No todos serán enemigos de la Revolución francesa. Si bien su radicalismo espantará a más de uno, muchos desearán seguir creyendo en los pensamientos que había levantado, y en el momento de la invasión a España, el partido de los afrancesados no será tan minoritario como se ha dicho.¹⁴ España no es una: ¿qué relación hay entre la Navarra “resistente” casi de manera unánime y la Andalucía en la que los franceses encontrarán numerosos partidarios?¹⁵ Como en el resto de Europa, la Revolución de 1789 dividirá a las elites, y como en Italia o Alemania, es sobre todo en la parte baja de la escala social donde sus enemigos encontrarán sus más sólidos apoyos. La singularidad es pues relativa, y si singularidad hay, no se manifiesta solamente a favor de las ideas reaccionarias y de la tradición. Después de todo, la intervención francesa de 1808 provocará en España no sólo una reacción de una amplitud inédita, sino una experiencia de la modernidad política que, en la Asamblea de las Cortes reunida en Cádiz en 1812 y en la Constitución que resultó de sus trabajos, llegó más lejos que todo lo que se podía observar en el mismo momento en el resto de Europa. Dicho de otro modo, este país famoso por su encierro en su particularidad fue el que tuvo la experiencia liberal más lograda, aunque en formas que le eran propias y a partir de principios que, para mantener ciertas relaciones con la cultura política revolucionaria, no eran una pura y simple proyección.¹⁶ España forma parte del espacio europeo. Su singularidad es, al

¹⁴ Ver, en particular, la obra clásica de Miguel Artola, *Los Afrancesados*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.

¹⁵ Ver el penetrante estudio de Jean-Marc Lafon, *L'Andalousie et Napoléon. Contre-insurrection, collaboration et résistances dans le midi de l'Espagne (1808-1812)*, París, Nouveau Monde/Fondation Napoléon, 2007.

¹⁶ Sobre el proceso constitucional liberal de Cádiz, la mejor introducción sigue siendo el estudio de Marie- Danielle Demélas y François-Xavier Guerra, “Un proceso revolucionario desconocido: la adopción de formas representativas modernas en España e Hispanoamérica (1808-1810)”, reeditado recientemente en M.-D. Demélas y F.-X. Guerra, *Orígenes de la democracia en España y América*, Lima, FECP/ONPE, 2008, pp. 19-80.

menos en parte, un mito, un mito forjado por la Francia de la Ilustración, reproducido y perpetuado después por los españoles mismos, y luego retomado por historiadores preocupados por explicar lo inexplicable: ¿cómo el invencible Napoleón fracasó ante bandas de campesinos mal armados y mal dirigidos? En historia existe una tendencia natural, aunque a menudo enojosa, que consiste en querer dar a todo fenómeno desconcertante una explicación a la medida de la importancia que se le otorga. ¿Cómo contentarse con una explicación sencilla, al tratarse de la guerra de España, cuando ésta desempeñó un papel importante en el derrumbe final del sistema imperial y de su jefe?

Pero regresemos al siglo XVIII. España también había tenido la experiencia del despotismo ilustrado, bajo el reinado de Carlos III (1759-1788). Relaciones entre el poder central y la periferia, poderes de la Inquisición o de los jesuitas, economía, nada escapó a la acción de los ministros reformadores de los que se rodeó el rey. La obra terminada está lejos de resultar despreciable, incluso si los historiadores (franceses) juzgan con severidad los resultados: “Poca levadura, mucha pasta inerte”.¹⁷ ¿“Poca levadura”? Iniciativas en número insuficiente, poco coherentes y demasiado tímidas; ¿“muchas pasta inerte”? Una sociedad refractaria al cambio que nada podía cambiar. En efecto, si la España de Carlos III se movió, lo hizo con una prudencia y una lentitud impuestas por el poder comparado de la sociedad española y de la corona, ésta incomparablemente más fuerte, desde el punto de vista orgánico, que aquélla. Había que trabajar con esta sociedad poco maleable. Existía otra razón para la prudencia de las reformas: no pretendían de ninguna manera cuestionar el orden establecido; desde este punto de vista eran ajenas a la política de modernización de la sociedad y del Estado –preconizada en el mismo momento por los reformadores franceses– que implicaba romper con el pasado.¹⁸

Los historiadores han regresado hoy al severo juicio de sus antecesores, al afirmar incluso que cuando Carlos IV subió al trono, España estaba a

¹⁷ François Bluche, *Le Despotisme éclairé*, París, Hachette, col. “Pluriel”, 2000, p. 257.

¹⁸ Sobre sus proyectos, ver el estudio que Keith M. Baker dedicó a Turgot y a Condorcet, *Condorcet, raison et politique*, París, Hermann, 1988.

punto de volver a encontrar cierto brillo.¹⁹ Se trata pues de un vecino en pleno despertar (aunque no representaba una amenaza, de tan considerable que era el retraso que era necesario superar) con el que Francia se topa en su frontera cuando estalla la Revolución. La animosidad y la incompreensión entre los dos países eran de hecho proporcionales a los esfuerzos de España para escapar a la tutela francesa, que se había afirmado a favor de la decadencia de la potencia española y de la crisis que rodeó en 1700 a la sucesión del Habsburgo Carlos II. Como el agonizante rey no tenía heredero, el emperador de Austria y el rey de Francia se presentaron como candidatos, el primero a favor de su hijo, y Luis XIV a favor de su nieto, el duque de Anjou. En su lecho de muerte, y para la sorpresa general, Carlos II eligió al duque de Anjou. Luis XIV proclamó rey de España a su nieto con el nombre de Felipe V, y comenzó la guerra. La paz regresó once años después, cuando Luis XIV aceptó la separación definitiva de las dos coronas de Francia y España: Felipe V renunció a la corona de Francia para él y sus descendientes, y los herederos de la corona de Francia hicieron lo mismo respecto de la corona española. Pero antes de que Felipe V partiera hacia Madrid, Luis XIV le hizo la siguiente recomendación, que muestra bien cómo consideraban los franceses la separación de los dos reinos: “Sea buen español, ése es su primer deber; pero recuerde que usted es francés, para mantener la unión entre las dos naciones”.²⁰ España se convertía en aliada, pero también, en el espíritu de la diplomacia francesa, en un Estado vasallo. Felipe V y sus sucesores Fernando VI y Carlos III no fueron “reyes franceses en España”, sino reyes españoles. Si bien la monarquía española, en el momento de la guerra de los siete años, entró en el área de influencia francesa al firmar el 15 de agosto de 1761 un “pacto de familia” con los Borbones de Versalles, durante todo el siglo hizo esfuerzos por emanciparse de la tutela francesa sin dejar de actuar en la mayor parte de los casos al lado de Francia, y sin caer bajo el dominio de Inglaterra, que envidiaba sus colonias americanas. Al morir Carlos III, España seguía siendo una “potencia secundaria”, pero ya se había reintegrado al “concierto europeo”. Pero quizás, en definitiva, se lo debía a los lazos familiares existentes entre los

¹⁹ Ver F. Lafage, *L'Espagne de la contre-révolution*, op. cit., pp. 21-76.

²⁰ Citado en François Bluche, *Louis XIV*, París, Fayard, 1986, p. 770.

Borbones de Madrid y los de Versalles, ya que cuando el trono fue derrocado en Francia en 1792, España volvió a ser una potencia sin importancia. Entonces se vio renacer en la Francia revolucionaria el viejo sueño de Luis XIV, de una reunión de las dos coronas, acompañado de la idea de que sólo Francia podría regenerar a España.²¹

Al principio de la Revolución, a los franceses España no les preocupaba mucho, o, por lo demás, no en mayor medida que sus otros vecinos: estaban lo suficientemente ocupados con sus desavenencias internas como para preocuparse por el resto del mundo. La península no llamaba mucho la atención de sus dirigentes: si bien el gobierno real seguía estando muy ligado al Pacto de Familia de 1761, en el que veía la condición para mantener la influencia francesa en el Mediterráneo, los dirigentes revolucionarios, que sólo tenían ojos para la conquista de la frontera del Rin, eventualmente de Saboya y de Niza, y de manera accesoria del enclave pontificio de Aviñón, no veían en España más que un Estado periférico, ciertamente famoso por su carácter reaccionario y hostil, pero demasiado débil como para que se le temiera.

²¹ Esta idea servirá para justificar la doble abdicación impuesta por Napoleón a Carlos IV y a Fernando VII en Bayona el 5 de mayo de 1808, y la designación de José Bonaparte como rey de España. El orador de la junta española dijo a Napoleón, al presentarle, el 7 de julio de 1808, la Constitución que difiere la corona a José: “Esta nación generosa privada de su antiguo esplendor era presa de todos los males precursores de la caída de los imperios y de la disolución de los pueblos. [...] Por fortuna para nuestra patria, La Providencia empleó vuestra mano irresistible para sacarla del abismo en el que se iba a precipitar [...]. Toda España abrirá los ojos [y] verá que necesitaba una completa regeneración, y que sólo podía esperarlo de Vuestra Majestad Imperial y Real. Es una verdad innegable sobre la que llamo a que reflexionen todos aquellos que todavía no pueden estar sinceramente unidos a la autoridad que gobierna en la actualidad a las Españas [José]: que examinen en el interior de su conciencia bajo qué otro régimen habrían podido prometerse los inapreciables beneficios de los que gozarán de ahora en adelante [...]. El mal había llegado al colmo: los agentes de un gobierno débil concentraban en sus manos la autoridad arbitraria para echar sus límites cada vez más hacia atrás; la parcialidad y el capricho elegían entre los asuntos aquellos que les agradaba despachar, y dejaban los demás en el olvido; las autoridades que debían de trabajar bajo su dirección, temerosas y abatidas, no podían nunca conocer el camino que debían seguir, y si bien no hacían daño, al menos estaban en la imposibilidad de hacer el bien. Las finanzas eran un caos, la deuda pública un abismo; todos los mecanismos de la administración estaban desmontados o rotos; ninguna cumplía con sus funciones; era imposible que el primer día el cuerpo político no quedara paralizado por completo y no perdiera su capacidad de acción y de movimiento. ¿Qué español sensato no vio la imposibilidad de ir más allá, y no estableció la próxima época de la disolución total? ¿A qué otro poder que no fuera el de Vuestra Majestad Imperial y Real le habría sido dado, en semejante estado de las cosas, no solo detener el mal, lo que no era suficiente, sino además hacerlo desaparecer por completo, y sustituir el desorden con el orden, el capricho con la ley, la opresión con la justicia y la incertidumbre con la seguridad?” (*Moniteur universel*, número del 14 de julio de 1808, Año 1808, t. II, p. 770).

La prueba de lo anterior se encuentra en la manera negligente en la que el gobierno francés recibió el inicio de la guerra en España en marzo de 1793: “Un enemigo más para Francia, declaró uno de sus representantes, ¡es un triunfo más para la libertad!”.²² Si bien, en 1789, se ignoraba a España en el lado francés, en España no ignoraban lo que estaba ocurriendo en Francia. Ya lo vimos, la Revolución reforzó en España la reacción contra la influencia cultural francesa. Pero el gobierno se abstuvo de toda manifestación de hostilidad. Reaccionó como lo hicieron la mayoría de sus homólogos europeos. En un primer momento, no midió con exactitud el nivel de gravedad de los acontecimientos revolucionarios, pensando que Francia atravesaba por una de esas crisis políticas que, desde hacía unos diez años, eran el espectáculo que daba de manera regular; en un segundo momento, a los españoles no les desagradaron las desdichas de sus vecinos: Francia, acaparada por sus disputas políticas internas, ¿no iba a estar menos presente en la escena internacional? A España no podía sino satisfacerle esta situación, ya que estaba esforzándose por escapar a la tutela de su poderoso vecino. No obstante, el gobierno de Madrid no se encontraba en la situación de un país como Austria, al que las desgracias del rey de Francia alegraban abiertamente. La razón era que a Austria le interesaba el debilitamiento de Francia, mientras que España no tenía interés en una Francia *demasiado* débil. ¿Por qué? Porque Austria no tenía imperio colonial, mientras que España obtenía gran parte de sus ingresos de sus colonias americanas. Ahora bien, éstas últimas estaban amenazadas por los objetivos imperialistas de Inglaterra, que trabajaba con más o menos energía en la emancipación de la América hispana. Inglaterra pensaba reencontrar en el Sur del continente americano la influencia que había perdido en el Norte, luego de la proclamación de independencia de Estado Unidos. Y no es que quisiera apropiarse de México o de Perú, sino que quería abrir para su comercio nuevas fuentes de aprovisionamiento y nuevos mercados. Por eso España, cuyas comunicaciones con América se veían entorpecidas por los navíos ingleses, deseaba mantener una Francia lo bastante fuerte como para que la ayudara en caso de conflicto con los ingleses.

²² Citado en Thierry Lentz, *Napoléon et la conquête de l'Europe, 1804-1810 [Nouvelle histoire du Premier Empire, t. II]*, París, Fayard, 2002, p. 385.

Las cosas cambiaron en 1790, cuando, precisamente, un incidente opuso a navíos españoles y británicos a lo largo de la costa de California. España pidió la ayuda de Francia en virtud del Pacto de Familia y, por primera vez desde el inicio de la Revolución, España estuvo en el centro de los debates. Mientras que los ministros de Luis XVI abogaban a favor del respeto al tratado de 1761, la Asamblea constituyente subrayaba que los compromisos contraídos bajo el “despotismo” vinculaban a reyes y no a pueblos, de tal manera que habían sido revocados de facto en 1789, cuando el pueblo se había vuelto soberano. El debate pronto se alejó de la pregunta –¿era o no necesario acudir en auxilio de España?– para transformarse en una discusión general sobre las prerrogativas respectivas de la Asamblea nacional y del rey en materia de declaración de guerra y de firma de tratados de paz. Este debate, iniciado en el mes de mayo de 1790, duró tanto tiempo que cuando la Constituyente, el 26 de agosto, finalmente autorizó al rey a ir en ayuda de España –aunque esta última hubiera decretado que Francia nunca más tomaría parte en ninguna guerra que no tuviese por objeto la liberación de los pueblos–,²³ la crisis había terminado. El gobierno español había entendido: el Pacto de Familia se había revocado de facto y España, en lo sucesivo, tendría que arreglárselas sola. Como no era capaz de luchar, hizo lo que habría hecho cualquier otro gobierno en su lugar: negoció con los ingleses, prefiriendo ablandar a un enemigo tan temible, en vez de combatirlo. Las relaciones franco-españolas se degradaron. Del lado francés, la subida del mesianismo revolucionario en 1791-1792, que había dado fin al seudopacifismo de 1790, concernía tanto a España como al resto de Europa y del mundo: mientras que Anacharsis Clootz pregonaba la creación de una república universal, Chaumette quería “jacobinizar” a Europa hasta Moscú, y Miranda, quien entonces se encontraba en París, elaboraba planes para revolucionar a la América hispana. Del lado español, se buscó a principios de 1792 un entendimiento con Francia, pero la caída de la monarquía,

²³ La Asamblea constituyente había decidido el 22 de mayo de 1790 que “el derecho a la paz y a la guerra pertenece a la nación” y que una u otra sólo podían decidirse mediante una ley votada por el cuerpo legislativo a proposición del rey. La ley del 22 de mayo añadía: “La nación francesa renuncia a emprender cualquier guerra que tenga por objeto realizar conquistas, y no empleará nunca sus fuerzas contra la libertad de ningún pueblo” (*Réimpression de l'ancien Moniteur*, París, Plon, 1863-1870, 32 vol., t. IV, p. 432).

el 10 de agosto de 1792, hizo que la continuación de las discusiones fuera imposible. España “estableció un cordón en la frontera como para una peste”,²⁴ y emprendió una cruzada antifrancesa y antirrevolucionaria bajo el mando de Manuel Godoy, el nuevo hombre fuerte del gobierno madrileño. España fue entonces el único país que hizo verdaderos esfuerzos para salvar la vida del rey Luis XVI. Al ser decapitado, la guerra era inevitable. Estalló el 7 de marzo de 1793.

Duró dos años (1793-1795), y ocupa tan sólo dos líneas en los libros de historia. Sin embargo, no carece de interés. Es cierto que las operaciones se limitaron mucho tiempo a algunas ofensivas y contraofensivas sin consecuencia, al menos hasta que los franceses, incrementando su esfuerzo, invaden el País Vasco y Cataluña. En España, la movilización se llevó a cabo en un clima apocalíptico y tomó el carácter de un auténtico levantamiento popular, con el clero a la cabeza, contra el Anticristo. Después, la invasión francesa de Cataluña y del País Vasco en 1794 prefiguró con mucha exactitud lo que iba a volver a suceder en 1808: del lado español, la combinación de operaciones militares regulares con acciones guerrilleras; del lado francés, ocurren atrocidades que, en esa época, ningún otro conflicto producirá.²⁵ Sólo la guerra de Vandea de 1793-1794 podría compararse con lo que ocurrió en el mismo momento del otro lado de los Pireneos. También Vandea se había sublevado en nombre de Dios y del rey, y la violencia había alcanzado una extensión y una intensidad igualmente extremas. Los gobernantes, algo muy sabido, tienen corta la memoria, puesto que de haber quedado algún recuerdo de la guerra franco-española de 1794, Napoleón no habría tenido tanta certeza de llevarse una victoria fácil y rápida.

El 22 de julio de 1795, franceses y españoles firmaron un tratado de paz y puede decirse, apenas exagerando un poco, que fue entonces cuando empezó el proceso que condujo a la guerra de 1808. Los revolucionarios, en ese momento, dudaban entre la paz con Europa y la guerra a ultranza. Francia apenas estaba saliendo del Terror, tenía frente a sí una inmensa tarea de

²⁴ La palabra es del ministro español Floridablanca, citado por Albert Sorel, *L'Europe et la Révolution française*, París, Plon, 1903-1904, 8 vol., t. II, p. 94.

²⁵ Ver el abrumador informe establecido por Tallien y leído en la tribuna de la Convención el 16 de abril de 1795 (*Réimpression de l'ancien Moniteur*, *op. cit.*, t. XXIV, pp. 230-231).

reconstrucción, estaba deseosa de un respiro. Cualquiera que fuera la política elegida al final, a Francia le interesaba, por otra parte, disminuir el número de sus enemigos. Por eso, en 1795, firmó tratados con Suecia, Prusia, Holanda, Nápoles y España, lo que le permitía reunir todas sus fuerzas contra Inglaterra y Austria. La paz fue humillante para España, ya que tuvo que ceder a Francia su mitad de la isla Santo Domingo (cesión teórica por completo, ya que en esa época Francia, que había perdido lo esencial de su poder naval, era incapaz de retomar el control de sus antiguas colonias de las Antillas y el Caribe). Entonces, no había lugar para una alianza franco-española. Fue en 1796 cuando Francia impuso a España un tratado de alianza ofensiva contra Inglaterra. España no había sido un claro adversario, y no iba a convertirse en un aliado apreciado o respetado; pero poseía algo precioso e indispensable en la guerra contra Inglaterra, y que hacía falta en el lado francés: una importante flota de guerra. Entre los dos países, en sentido estricto no se trataba de una alianza sino de un tratado entre señor y vasallo, mediante el cual España quedaba reducida al papel de auxiliar de los ejércitos republicanos, de instrumento de la política exterior francesa. No podía rehusar aquello que le era impuesto, pero tampoco tenía mucho que ganar. Tenía incluso mucho que perder en ese timo: si hacía causa común con Francia, era evidente que pagaría un alto precio, en América, donde los ingleses se aprovecharía de que estuviera ocupada en otra parte para despojarla de su imperio. Aquí es donde puede verse en qué medida, en materia diplomática, Napoleón fue el continuador de la Revolución, y en particular del Directorio, puesto que ya antes que él la política del gobierno francés consistía en explotar sin compensación alguna los recursos de países pretendidamente “aliados”, pero considerados en realidad como potencias vasallas. Había una razón para esto: ya que la guerra que oponía a la Francia revolucionaria con el resto de Europa era también una guerra en la que los Estados beligerantes encarnaban principios filosóficos incompatibles, Francia –y esto era igualmente cierto para sus enemigos– no reconocía su legitimidad, y tampoco la de los tratados (y con mayor razón los anteriores a 1789) que podía firmar con estos Estados. Nunca la Revolución se considerará vinculada por los tratados firmados con “déspotas” del Antiguo Régimen. Siempre serán alianzas provisionales y que no implicarán ningún compromiso o sacrificio para el lado francés: eran de carácter unilateral.

Por ese motivo, lo que ocurrió después no es para nada sorprendente: España siguió siendo fiel a la alianza pactada con Francia, pero se esforzaba por ser un aliado tan mediocre que el enemigo inglés se lo agradecería. Juego poco honorable, que probaba sobre todo la gran debilidad política y militar de España, aunque también peligroso debido a sus repercusiones políticas en la misma España, donde el gobernador, a quien se veía tan débil, tenía que soportar el oprobio de una conducta considerada sin dignidad. Así, España no oponía nunca su veto a las exigencias francesas, sino que siempre las cumplía fallidamente, en parte por mala voluntad, y en parte por incapacidad de hacerlo mejor: Francia había dado demasiada importancia a la potencia naval española y podía comprobar día tras día el mal estado de sus navíos y la mediocre calidad de sus tripulaciones. Fue así como a principios de 1798, hubo que renunciar a desembarcar en Inglaterra y como en 1799 el gobierno francés fue incapaz de transportar refuerzos a Egipto. Repitémoslo: el gobierno español no podía comportarse de otro modo. Su alianza con Francia era desequilibrada, y la parte más débil esperaba poder sustraerse a ella algún día, haciendo esfuerzos hasta ese momento para dar lo más posible. La causa principal del fracaso de los proyectos franceses fue la concepción de las alianzas que la Revolución había introducido. ¿Qué es un sistema de alianzas en el que los aliados no son socios sino vasallos, en el que los tratados no definen una reciprocidad de derechos y obligaciones sino desigualdad de derechos y obligaciones unilaterales? En consecuencia, toda alianza realizada en esas condiciones tenía, en algún momento, que exigir el recurso a la fuerza para perpetuar o restablecer sus condiciones, ya que resultaba absurdo pensar que ningún Estado podría aceptar de manera duradera las condiciones que se le imponían: “La alianza, para estos países, España y Holanda sobre todo, observa Sorel, es el bloqueo, el comercio arruinado, las tomas, los corsarios, los vacíos del Tesoro, los ingresos agotados, las contribuciones incrementadas; son naves que hay que armar, tropas de ocupación que hay que alimentar, aprovisionar, vestir; es el descontento del pueblo cansado, humillado, arruinado; es la impopularidad del gobierno acusado de servilismo ante los extranjeros; ¡es el deseo universal de la caída de un aliado al que se detesta! Para poner remedio a todo esto, los únicos medios con los que cuenta Bonaparte son el miedo, la fuerza, la confiscación y la anexión que ahogan las quejas, garan-

tizan la obediencia inmediata, pero atizan la rebelión. Así, requirió aliados para vencer a Inglaterra y a Europa, (pero) tiene que vencer a Inglaterra y Europa para conservar a sus aliados”.²⁶ Era ya inevitable que un día Francia, para vencer a sus enemigos, se viera en la obligación de hacerles la guerra a sus “amigos”: ahí está toda la historia de la guerra de España de 1808-1813 y la de la campaña de Rusia de 1812.

Los historiadores dan gran importancia a lo que llaman el “doble juego” de Godoy. Es cierto que la posición de Godoy era dual, asegurando su fidelidad al Directorio y luego a Napoleón, y a los enemigos de Francia que estaba esperando el momento adecuado para pasarse de su lado. Pero tanto en un caso como en el otro, no eran sino palabras. Si bien se esforzaba por ser un mal aliado de Francia con el objeto de no hacer enojar a Inglaterra, hacía bellas promesas a los ingleses sin tener la intención de cumplirlas, ya que tampoco quería provocar a Francia. De hecho, Godoy se esforzaba sólo por garantizar la neutralidad de España. Había además otra razón para su duplicidad: su margen de maniobra era estrecho. La alianza con Francia no era popular en España, y un poderoso partido trataba de derrocar al ministro con el apoyo de Fernando, el heredero al trono.

El doble juego del gobierno español no explica la guerra de 1808. En realidad, la alianza española “se devaluó” de manera progresiva. Sin embargo, había recobrado un valor seguro en el Consulado. Cuando Bonaparte accedió al poder en 1799, era evidente que el proyecto del Directorio para transformar el Mediterráneo en un mar francés, con ayuda de los españoles, había fracasado. Los franceses seguían ocupando Egipto, pero nadie ignoraba que pronto tendrían que salir de ahí (su capitulación tendrá lugar en junio de 1801). Haciendo a un lado su obstinación, Bonaparte cambió el proyecto mediterráneo por uno atlántico no menos ambicioso, que seguía necesitando la participación de España. Se trataba de retomar posesión de las colonias francesas del Caribe, caídas en manos de los ingleses, y de poner los pies en el continente americano. Para ello, Bonaparte obtuvo de España la retrocesión de Luisiana a cambio de promesas en Italia.²⁷ Francia, instala-

²⁶ A. Sorel, *L'Europe et la Révolution française*, *op. cit.*, t. VI, p. 325.

²⁷ En virtud del tratado de San Ildefonso, firmado el 1 de octubre de 1800, España volvía a ceder Luisiana a Francia (que se la había cedido en 1762). Francia, a cambio, se comprometía a erigir

da en la confluencia de las dos Américas, se volvería la garantía de la integridad del imperio español; de igual manera, estaría en medida de hacer presión sobre Estado Unidos para que entraran a la coalición antiinglesa que París hacía esfuerzos por establecer. Es para llevar a cabo este proyecto que el 27 de marzo de 1802, Bonaparte firmó con Inglaterra un tratado de paz en el que ninguno de los dos firmantes llevaba las de perder: entre ellos, se trataba tan sólo de una tregua, y Bonaparte aprovechó ese respiro para emprender la reconquista de Santo Domingo y las Antillas. Pero las cosas sucedieron por completo de otro modo: la expedición del general Leclerc a Santo Domingo acabó en desastre, el cuerpo de expedicionarios reunido en Holanda para ir a tomar posesión de Luisiana no dejó Europa –la flota reunida en los puertos holandeses que debía transportarla había quedado atrapada entre los hielos– y, para rematar, los estadounidenses se rehusaban a tener una frontera común con Francia: “En el mundo no hay más que un solo punto cuyo poseedor es nuestro enemigo natural y habitual, declaró el presidente Jefferson: Nueva Orleans. Es por ahí, en efecto, y por ahí solamente, por donde los productos de las tres octavas partes de nuestro territorio pueden escaparse. Al cerrarnos esta puerta, Francia hace acto de hostilidad en nuestra contra. España podía seguir conservándola durante muchos años. Su temperamento pacífico y su debilidad debían llevarla a otorgarnos de manera sucesiva facilidades capaces de impedir que su ocupación nos resultara demasiado pesada [...]. Pero cuando se trata de los franceses, el asunto toma otro aspecto. Ellos tienen un temperamento impetuoso, un carácter enérgico y alborotador”.²⁸ Mientras que el Congreso hacía sobrevalorar la amenaza de un acercamiento entre estadounidenses e ingleses, Jefferson envió emisarios a París para evitar una prueba de fuerza que en el fondo no deseaba. Llegaron a París en el momento de la ruptura de la paz francoinglesa. Bonaparte ya había entendido que no podría conservar Luisiana si la guerra volvía a empezar en Europa y en los océanos. Antes incluso de

Toscana en reino de Etruria en beneficio del príncipe Luis de Parma, casado con la hija del rey de España, a condición de que el padre del príncipe, el duque de Parma en funciones, cediera su ducado a Francia. Este tratado preliminar adoptó una forma definitiva con el tratado de Aranjuez del 21 de marzo de 1801.

²⁸ Citado en Pierre Branda y Thierry Lentz, *Napoléon, l'esclavage et les colonies*, París, Fayard, 2006, p. 179.

recibir a los enviados del presidente estadounidense, confiaba a uno de sus ministros: “Sé todo lo que cuesta Luisiana... Su conquista sería fácil para los ingleses, y no tengo tiempo que perder para ponerla fuera de su alcance”.²⁹ Los enviados estadounidenses habían recibido la consigna de ofrecer doce millones a cambio sólo de la ciudad de Nueva Orleans. Quedaron muy sorprendidos del ofrecimiento que pronto les hizo Bonaparte: toda Luisiana, desde el Golfo de México hasta la frontera canadiense, por sólo 50 millones. No podían creer lo que oían. Se firmó el acuerdo el 30 de abril de 1803. En el intervalo, el precio había aumentado. Se pusieron de acuerdo en una suma de 80 millones. Bonaparte lo hizo sin ningún pesar. En lo inmediato, sobre todo tenía prisa por enviar a todas sus fuerzas contra Inglaterra y, para ello, necesitaba dinero, mucho dinero. El producto de la venta de Luisiana (50 millones cayeron fácilmente en las arcas del Estado) financió el reinicio de la guerra contra Inglaterra. La paz de 1802, tan breve, ya estaba llegando a su fin, en efecto. El 11 de mayo de 1803, ocurría la ruptura. Bonaparte había vendido Luisiana a los estadounidenses sin siquiera consultar a su aliado español. Este aliado ya no valía gran cosa para él, pero perdió todo lo que le quedaba de valor, o casi, un año después, cuando el 21 de octubre, el almirante Nelson hundió en Trafalgar las flotas francesa y española. En consecuencia, si bien España conservaba una importancia estratégica, sobre todo en el momento en que Francia estaba metida en una guerra contra Austria y Rusia, ya no tenía ninguna importancia como aliado susceptible de apoyar el esfuerzo de guerra francés.

No resulta fácil reconstituir la génesis de la decisión de destronar a Carlos IV para dar España a un Bonaparte. El modelo de lo que iba a ocurrir lo dio Nápoles: a finales de 1805, Napoleón, informado de que el rey de Nápoles, un Borbón, intrigaba con los ingleses, proclamó su destronamiento; el reino fue invadido y la corona entregada a José Bonaparte. Pero nada indica que Napoleón haya pensado desde ese momento en hacer sufrir la misma suerte a los Borbones de España, incluso si, desde hacía mucho tiempo, y cada vez que había tenido razones para quejarse de su aliado, amenazaba con destruirlo.

²⁹ Citado en Jean Tulard, *Dictionnaire Napoléon*, París, Fayard, 1999, 2 vol., t. II, p. 223.

Esto es lo que escribía, ya desde el verano de 1801: “Si este príncipe (Godoy), comprado por Inglaterra, llevara al rey y a la reina a tomar medidas contrarias al honor y a los intereses de la República, la última hora de la monarquía española habría llegado”.³⁰ Lo seguía pensando en 1803,³¹ y de nuevo en 1806, cuando tuvo pruebas de que Godoy sólo estaba esperando una ocasión favorable para pasarse del lado de los enemigos de Francia. Fue entonces cuando, según uno de sus consejeros, el conde de Montgaillard, habría jurado “destruir a cualquier precio la rama española de la casa de Borbón”.³² En su entorno, otros (Talleyrand sin duda)³³ lo pensaban por su lado, pero Napoleón tenía entonces preocupaciones más apremiantes: luego de la guerra con Austria en 1805, la guerra contra Prusia y Rusia en 1806 y 1807.

Dos acontecimientos revelaron ser decisivos: primero, el 21 de noviembre de 1806, el decreto de Berlín, mediante el cual Napoleón decretó el Bloqueo continental; después, el 7 de julio de 1807, la firma del tratado de alianza con Rusia. Fue en ese momento cuando Napoleón, al sentirse seguro de la tranquilidad del continente, decidió encontrar una solución al problema español. La invasión a España en 1808 fue una de las primeras consecuencias del establecimiento del Bloqueo continental. Generalmente, un bloqueo consiste en cerrar los puertos de un país enemigo con el fin de asfixiar su economía. El problema era que Francia, al ya no tener marina de guerra, no podía clausurar el acceso a los puertos británicos. Por eso Napoleón imaginó (se inspiraba en un proyecto redactado bajo el Directorio) prohibir al continente europeo las mercancías británicas. Esperaba que eso produjera la ruina del comercio inglés, que, de ese modo, ya no podría tener acceso a su principal mercado. Al no poder disputar a Inglaterra la supremacía en el mar, Napoleón decidió oponerle su propia hegemonía en tierra. No era algo imposible, y, de hecho, hacia 1809, Inglaterra estuvo a punto de capitular. Pero las implicaciones del Bloqueo continental eran gigantescas, ya que todos los Estados europeos sin excepción tenían que

³⁰ Carta del 10 de julio de 1801 a Talleyrand (Napoléon Bonaparte, *Correspondance générale*, t. III, ed. Th. Lentz y G. Madec, n° 6360, p. 726).

³¹ Ver las instrucciones muy amenazadoras entregadas a Talleyrand el 13 de agosto de 1803 (*ibid.*, t. IV, ed. F. Houdecek y G. Madec, n° 7930, pp. 267-269).

³² Citado en A. Sorel, *L'Europe et la Révolution française*, *op. cit.*, t. VII, p. 118.

³³ Ver Emmanuel de Waresquiel, *Talleyrand, le prince immobile*, París, Fayard, 2003, pp. 378-386.

sumarse a él para que el continente quedara herméticamente cerrado al comercio inglés. Ahora bien, cada país medía con facilidad las consecuencias de semejante política: los ingleses se vengarían atacando sus navíos, y su comercio quedaría en la ruina. Tal sistema, para aplicarse, exigía una Europa dominada por Francia. Es por eso que Napoleón, en cuanto hubo derrotado por completo a los rusos en 1807, tomó la mano extendida del zar. Rusia era, en efecto, la aliada indispensable al Bloqueo continental, ya que cerraría por el este el continente, que quedaría de ahí en adelante atenazado entre Francia y Rusia. Todo lo demás sería obligado a caminar, de buena gana o por la fuerza. En cuanto firmó el tratado de alianza con el zar Alejandro, Napoleón desvió la mirada hacia los Estados que, en Europa, se aferraban a su neutralidad. Entre ellos, Portugal. Desde mediados del siglo, por lo menos, Portugal se había convertido en un protectorado británico, y por lo mismo en un débil eslabón del dispositivo del Bloqueo, tanto más peligroso cuanto que estaba pegado a una España poco confiable. La decisión de Napoleón se formó a partir de la cuestión portuguesa. Desde finales de 1807, su decisión ya estaba tomada: Portugal sería eliminado, y como no podía confiar el trabajo a los españoles, los ejércitos franceses mismos se encargarían de hacerlo después de haber obtenido un derecho de paso a través del Norte de la península. Napoleón impuso a Godoy un nuevo tratado, el 27 de octubre de 1807, en virtud del cual España autorizaba el paso de los ejércitos franceses e incluso les brindaba refuerzos. En el mismo momento, Napoleón decidía que sus tropas no se limitarían a atravesar España para llegar a Portugal, sino que avanzarían hasta Madrid. Para disimular mejor sus objetivos, había halagado la codicia de Godoy prometiéndole un “principado de Algarves”, al que se daría forma al Sur de Portugal, mientras que en el Norte, se entregaría un “reino de Lusitania al rey de Etruria, al que había decidido expulsar de Toscana”. Godoy, que ya era “príncipe de la Paz”, se veía ya como “príncipe de Algarves” y casi soberano de Portugal. ¿Napoleón pensaba con seriedad indemnizar así a Carlos IV y a su favorito con los despojos arrancados a Portugal? Quizás estaba apostándole entonces al heredero del trono, Fernando, cuyos partidarios –el embajador francés en Madrid era de ellos– habían llegado a pedir a Napoleón encontrar una mujer para el príncipe heredero. Se pensaba en la hija mayor de Luciano Bonaparte, Carlota... El Emperador no había rechazado estas

propuestas. Era una de las hipótesis en las que estaba pensando sin haber tomado aún una decisión definitiva, esperando a que las circunstancias le indicaran el camino a seguir.

De pronto, en el mes de noviembre de 1807, mientras que las tropas francesas empezaban a penetrar en España, se produjo la primera crisis de la monarquía española. ¿Trató Fernando de destituir a Godoy? ¿O bien éste, al sospechar que Fernando estaba preparando su caída, se le adelantó? No queda claro. De cualquier modo, Fernando fue detenido, interrogado y amenazado con un proceso al que su padre terminó por renunciar a instancias de Francia. Napoleón había tomado al heredero de la corona bajo su protección, pero es seguro que estas escenas de familia lo llevaron a pensar y a dudar de que el remplazo del padre por el hijo fuese una buena solución. ¿Por qué, entonces, no cortar por lo sano y tratar a España como a Nápoles? Después de todo, los napolitanos no tenían quejas de su nuevo rey, José. ¿Por qué habrían de reaccionar de otro modo los españoles? Desde hacía varios meses, el embajador francés en Madrid, Claude de Beauharnais, repetía que los españoles esperaban su salvación de Napoleón. Al Emperador, aseguraba (y Talleyrand le hacía coro), lo aclamarían en Madrid. Napoleón, por más realista que fuera, no estaba exento de prejuicios ni de las ilusiones de su tiempo. Por un lado no le tenía mucha estimación a ese pueblo retrasado y supersticioso –al escribir a Murat que “si hubiera movimientos (populares) en España, se parecerían a los que vimos en Egipto”–,³⁴ pero por el otro quería creer que a los franceses les bastaría con entrar a España blandiendo la bandera de la libertad, de la abolición de privilegios y de la secularización de los conventos para que ese mismo pueblo retrasado y supersticioso recibiera al invasor en calidad de libertador. También tenía buenas razones para querer solucionar a su manera el problema planteado desde hacía mucho tiempo por ese aliado tan débil. Primero, así como en 1812 invadirá Rusia para restablecer una frágil alianza, pensaba en apoderarse de España para sustituir a un aliado defectuoso. Después, estaba más o menos oscuramente persuadido de que la historia de los Borbones se había acabado con la ejecución de Luis XVI en 1793. El caso del duque de Enghien, en 1804, in-

³⁴ Carta del 15 de abril de 1808 a Murat (*Correspondance de Napoléon I^{er}, publiée par ordre de l'Empereur Napoléon III*, París, Imprimerie Impériale, 32 vol. n.º 13746, t. XVII, p. 3).

cluso lo había convencido de que estaba destinado a suceder a los Borbones, dándole a Francia una nueva dinastía. Eso equivalía también a condenar a los Borbones de Nápoles, de Parma y de España, y en el momento mismo en que comenzaba a pensar en echarlos de Madrid, decidía expulsarlos de Florencia. Por último, no había renunciado a sus ambiciones coloniales. Ciertamente, había fracasado de manera sucesiva en Egipto y en Santo Domingo, pero imaginaba periódicamente nuevas expediciones, unas veces para retomar el control del Mediterráneo, y otras para volver a poner los pies en América. No ignoraba cuánta falta le hacía a Francia una armada poderosa. Había creído, como el Directorio antes que él, que podría apoyarse en la flota española. En vano. Pero ahora sospechaba que las autoridades españolas no habían puesto al servicio de Francia la totalidad de sus fuerzas. ¿Ceder la corona española a uno de sus hermanos no permitiría poder contar finalmente con las fuerzas navales españolas y, por el puerto de Cádiz, reanudar el contacto con el Nuevo Mundo? Ya no a través de Santo Domingo o Luisiana, sino de México –las piastras estadounidenses se embarcaban con destino a Europa en Veracruz– cuyos metales preciosos eran necesarios más que nunca para el financiamiento de la guerra europea. En enero de 1808, en febrero, seguía reflexionando, sondeando a sus hermanos sin lograr encontrar candidato a la corona española, y finalmente nombró a Murat cabeza del ejército. El papel de este último era organizar la invasión y la ocupación de la mitad del Norte de España y de la capital sin provocar el menor incidente. Entre tanto, los franceses habían invadido Portugal, pero no habían podido impedir que la familia real huyera a Brasil (el 27 de noviembre de 1807). Este episodio desafortunado (equivalía entregar Brasil a los ingleses) inspiró no obstante un plan a Napoleón: ocupar España poco a poco, de manera pacífica, pero sin dar nunca una palabra de explicación sobre las razones de dicha invasión. El objetivo: asustar a la familia real española para obligarla a dejar Madrid y huir a Cádiz como lo había hecho la familia real portuguesa. Navíos franceses patrullaban frente a Cádiz, y a principios del mes de marzo, su comandante recibió una carta cifrada en la que se le pedía detener al rey de España y a su hijo si intentaban irse de Cádiz. El plan era sencillo: al haber huido el rey de España, bastaría entonces con proclamar su destronamiento y con hacer que las Cortes, reunidas de manera extraordinaria, reconocieran al nuevo monarca.

Fueron los españoles quienes, al final, hicieron fracasar el plan. En efecto, la familia real, asustada al ver que los soldados franceses cercaban todo el Norte del país, había dejado Madrid. Se encontraba en Aranjuez cuando, el 18 y el 19 de marzo, la muchedumbre, quizás alborotada por agentes de Fernando, le impidió dejar la ciudad. Godoy fue detenido, Carlos IV obligado a abdicar y Fernando VII proclamado rey, ascensión al trono que Murat, que acababa de llegar a Madrid, rehusó reconocer porque esperaba vagamente recibir el trono como herencia si éste quedaba vacante. España ya no tenía soberano, y la decisión quedaba en manos de Napoleón. Éste, como se sabe, no fue hasta Madrid. Se detuvo en Bayona, a donde la familia real había venido a su encuentro: “Los consejeros de Fernando se vanagloriaban de comprar el reconocimiento de su rey con algunos jirones de territorio. Fernando habría dado Cataluña y Navarra, y su honor, [...] para que Napoleón lo entronizara destronando a su padre. [...] Carlos IV y María Luisa estaban decididos a entregar a España entera y a todos sus pueblos, con tal que Napoleón pronunciara el destronamiento de su hijo”.³⁵ La decisión de Napoleón ya estaba tomada. Algunos historiadores piensan que el aflictivo espectáculo que ofrecía la familia real española liberó a Napoleón de sus últimos escrúpulos, suponiendo que todavía le quedaran algunos. El cuadro que pintamos, con un Carlos IV débil, afligido por una esposa devorada por la ambición y cegada por su pasión hacia Godoy, y por un hijo medio degenerado que Napoleón, luego de haberlo visto, considerará “muy tonto y muy malo”,³⁶ peca tal vez de excesivo, aunque el desprecio de los contemporáneos hacia esta lamentable familia haya sido casi unánime para desalentar toda tentativa de rehabilitación.³⁷ La misma condesa de Albany, a pesar de ser gran partidaria de la realeza, ¿no decía acaso de Carlos IV, de su mujer y de su hijo que eran todos “unos cretinos, masas de carne sin alma y sin sentimientos”?³⁸ Napoleón, quien ya había podido conocer *de visu* a algunos representantes de la familia algunos años antes, había conservado

³⁵ A. Sorel, *L'Europe et la Révolution française, op. cit.*, t. VII, pp. 262-263.

³⁶ Carta a Talleyrand del 1 de mayo de 1808 (*Correspondance, op. cit.*, n° 13797, t. XVII, p. 50).

³⁷ Ver de cualquier manera Emilio La Parra, *Manuel Godoy. La aventura del poder*, Barcelona, Tusquets, col. “Fábula”, 2005.

³⁸ Citado en Louis Madelin, *Histoire du Consulat et de l'Empire*, París, Hachette, 1974, 16 vol., t. VII, p. 90.

un mal recuerdo de ellos y quedó persuadido, con mucha mayor facilidad al ver a Carlos IV y a su hijo, de que al separar a esta dinastía extenuada le hacía un gran favor a España y a los españoles. Resulta evidente que la decisión de derrocar a los Borbones fue la continuación, y no la causa, de su caída. Lo que había ocurrido el mes de octubre de 1807, cuando el padre había mandado arrestar al hijo (antes de que cinco meses después el hijo destronara al padre) hizo entender a Napoleón que el trono de España había quedado, de facto, vacante, y que ya no podía contar, por poco que fuera, con los Borbones de España para garantizar el cierre de Portugal a Inglaterra, y que una solución de repuesto impuesta desde el exterior tal vez permitiría evitar una guerra civil. Exigió la doble abdicación del padre y del hijo, y, sin pedirle su opinión, anunció a su hermano José, entonces rey de Nápoles, que de ahí en adelante era rey de España.

La astucia del plan de Napoleón era diabólica, salvo que no había previsto el levantamiento de Aranjuez, como tampoco pudo prever el de Madrid, el 2 de mayo, que prendió el polvorín. Ese era el punto débil del plan: suponía que los españoles no iban a reaccionar. Para el Emperador, la abdicación de Carlos IV y la sustitución de la dinastía de los Borbones por una nueva era un asunto que le concernía al soberano y sólo a él, ya que, al poseer la corona como un bien propio, podía disponer de ella como le diera la gana. Lo que Napoleón no era capaz de entender era que el derrumbe sufrido por la monarquía española había hecho volar en pedazos los préstamos que, desde hacía un siglo, le había pedido a la tradición absolutista francesa. Espontáneamente había vuelto a aparecer la vieja doctrina, de origen medieval, muy anterior a la llegada de los Borbones a España, según la cual la monarquía española era producto de un pacto entre la “nación” y el rey, que ni una ni el otro podían romper de manera unilateral. La cesión de la corona, posible de acuerdo con los principios absolutistas, no lo era en el marco de la doctrina “pactista”: ni Carlos IV ni Fernando tenían el poder de ceder la corona, la cesión que habían hecho de ella conducía tan sólo a la “reversión de la soberanía a la comunidad política”.³⁹ En cuanto comenzó, la insurrección ya contaba con la legitimidad que José, el “rey intruso”, nunca iba a poder disputarle. No hay duda de que, a este respecto, a Napoleón

³⁹ Ver M.-D. Demélas y F.-X. Guerra, *Orígenes de la democracia en España, op. cit.*, pp. 24-25.

lo engañaron aquellos de su entorno que, por diversas razones, deseaban la guerra y le aseguraban que los españoles lo estaban esperando como a un salvador; pero también lo engañaron los prejuicios de la época en cuanto a la decadencia de España. Sobre todo, mostró ser un fiel heredero de la Revolución, persuadido de que los pueblos prefieren siempre la libertad –incluso cuando llega de manos extranjeras– a la servidumbre, y confiado le escribe a Murat, al día siguiente de la doble abdicación de Bayona: “Esto termina por completo los asuntos...”.⁴⁰ La adhesión masiva de las elites a la nueva monarquía, una vez pasado el efecto del 2 de mayo madrileño, lo único que logró, de hecho, fue confirmar su pronóstico. Creía que la masa de españoles estaba en el mismo plano e incluso la capitulación del general Dupont en Bailén no le abrió los ojos, mientras que precisamente al hacer nacer la duda sobre la invencibilidad de los franceses y, por ende, sobre sus posibilidades de quedarse en España, dicha capitulación provocaba no sólo un levantamiento popular de inédita amplitud, sino el sálvese quien pueda de un buen número de *ralliés*⁴¹ tempraneros. Napoleón, quien admiraba a Robespierre, habría tenido que meditar el discurso que pronunció el Incorruptible el 2 de enero de 1792 para oponerse a entrar en guerra con Austria: “Pasean ustedes a nuestro ejército triunfante por los pueblos vecinos, por todas partes establecen municipalidades, directorios, asambleas nacionales, y exclaman que este pensamiento es sublime, como si el destino de los imperios se determinara con figuras retóricas. [...] Es enojoso que la verdad y el sentido común desmientan estas magníficas predicciones. [...] La idea más extravagante que pueda nacer en la cabeza de un político es creer que basta con que un pueblo entre a mano armada en el territorio de un pueblo extranjero para hacerlo adoptar sus leyes y su constitución. Nadie quiere a los misioneros armados, y el primer consejo que dan la naturaleza y la prudencia es rechazarlos como a enemigos”.⁴² ❧

⁴⁰ Carta del 6 de mayo de 1808 a Murat (*Correspondance, op. cit.*, n° 13818, t. XVII, p. 70).

⁴¹ Término de la política francesa con el que se designa a los monárquicos o bonapartistas que se adhirieron a la República. (N. del T.)

⁴² Maximilien Robespierre, *Œuvres*, ed. M. Bouloiseau, E. Desprez, G. Laurent, G. Lefebvre, E. Lesueur, G. Michon y A. Soboul, París, 1912-1967, PUF, 10 vol., t. VIII, pp. 81-82.